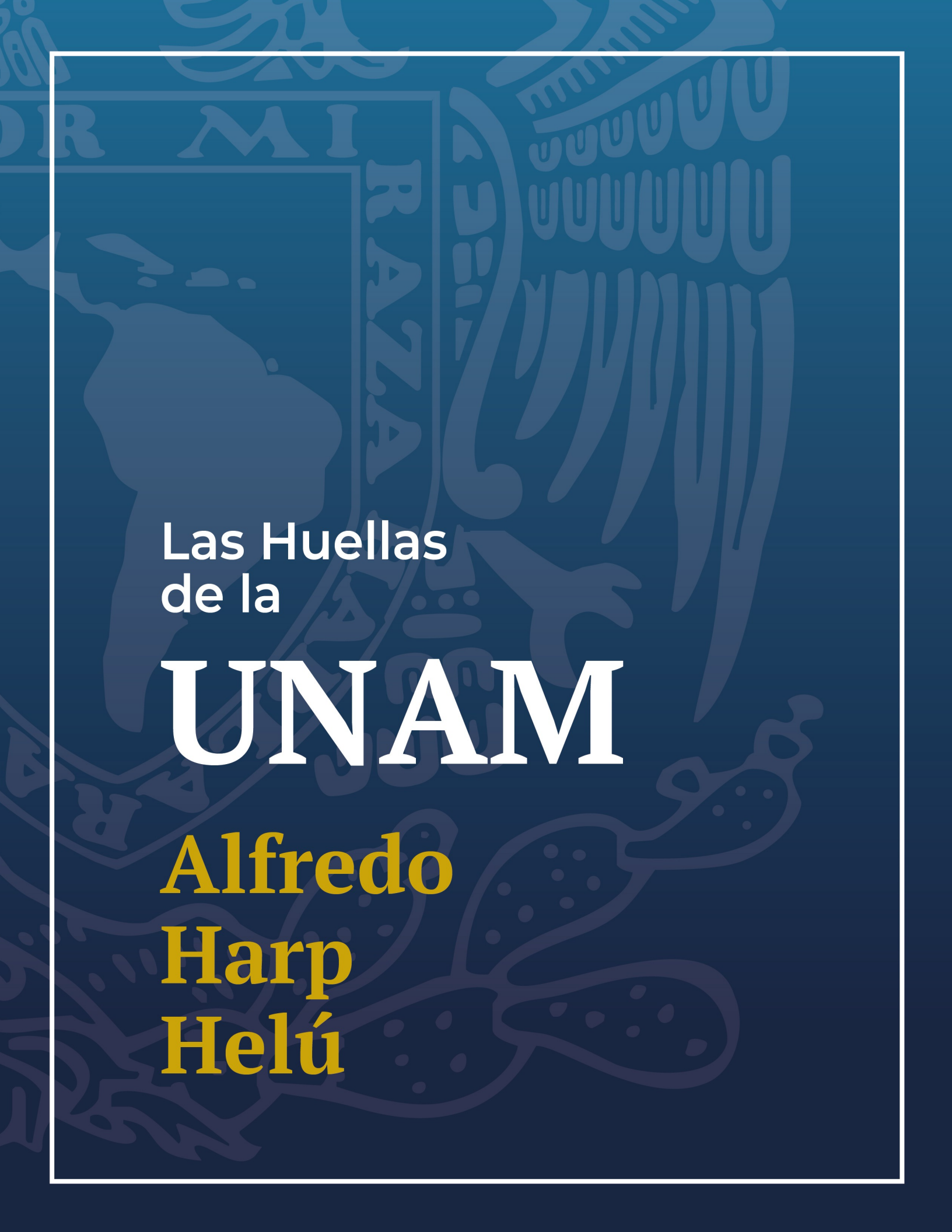




Las Huellas
de la

UNAM

Alfredo
Harp
Helú

Las huellas de la UNAM

Alfredo Harp Helú,

Oaxaca de Juárez, Oax., agosto, 2026

A veces uno ignora cuántas huellas deja el paso por la Universidad. Hace unos meses regresé a mi Facultad de Comercio de la Universidad Nacional Autónoma de México y de pronto, al cruzar la puerta, volví a una de las mejores etapas de mi vida. El edificio y yo, ciertamente, habíamos cambiado, pero yo parecía ser el mismo joven que había estado allí con mis amigos, compañeros y maestros. Una cascada de recuerdos hacía brotar emociones que creía olvidadas y hasta parecía que ese día había llegado en mi Pontiac del año 1952. Por un instante, vi al exigente maestro Alfredo Casanueva que se hacía presente frente al pizarrón. También recordé a otro maestro, Manuel Marrón González, que era presidente del Consejo de mi equipo preferido de beisbol, y que me regalaba pases para asistir a los partidos. Así que yo, sentado en una banca del aula, no sólo aprendía de contabilidad, auditoría, análisis de estados financieros, estadísticas e impuestos, sino también a sentir los sueños que viviría más adelante, como haber logrado adquirir, después de muchos años, mi equipo favorito de los Diablos Rojos del México.

Desde hacía varios años, había dado apoyo económico para mejorar la infraestructura de la biblioteca y las aulas de mi facultad. Aquel día quería ver el resultado de tanto esfuerzo. El paso del tiempo parece transformar los lugares de nuestra juventud. Ese día noté con asombro la mejoría del edificio y, además, me emocionó ver que la cantidad de los alumnos había aumentado. Lo mejor fue saber que más de 50% eran mujeres, pues cuando yo era estudiante no había más que 1%. No cabía duda, el mundo había cambiado para bien. En aquel edificio había tenido experiencias de amistad, descubrimiento, imaginación y pertenencia. Más allá de todo eso, pude encontrar a la persona que fui en ese lugar. Había sido tan afortunado que por 200 pesos al año (ahora 20 centavos), tuve la oportunidad de cursar mi carrera de contador público. ¡Cómo no estar agradecido con la UNAM!

Mientras daba un paseo por Ciudad Universitaria, llegué a la explanada de la Rectoría, conversando conmigo mismo. Caí en la cuenta de cuánto admiraba el alcance plural de la Universidad, pues sin importar ideologías políticas o religiosas, es la institución con mayor número de estudiantes en nuestro país. Me motiva su impulso a la investigación, sus

proyectos académicos, culturales y deportivos. Noté que más allá de cursar una licenciatura, aprendí a pensar y a mirar el mundo desde otra perspectiva.

Asombrado ante los mosaicos de los murales de Juan O’Gorman en la Biblioteca Central, no sólo repasaba las etapas de la historia de México, sino que también podía ver con claridad cómo mi historia personal no hubiera sido la misma si no hubiera tenido y aprovechado la gran oportunidad de haber ingresado a la UNAM. Al detenerme en aquellos murales, reafirmaba mi amor por México.

Esa tarde, frente al Estadio Olímpico Universitario, la memoria me hacía volver y avanzar. Mis maestros de la UNAM me prepararon también para ingresar al mundo de los negocios financieros y, gracias a un esfuerzo constante y disciplinado, logré ser agente de bolsa. Años después, en 1971, junto con mis socios, creamos la casa de bolsa Acciones y Valores de México, que se volvió la más importante de nuestro país. Después, adquirimos el Banco Nacional de México (Banamex), en 1991, y formamos el grupo financiero Banamex Accival, que en ese entonces era el más sólido de México. Después tuve el gusto de crear una de las fundaciones más importantes y capitalizadas del país y que orgullosamente lleva mi nombre y trabaja en todo México.

Volví la mirada hacia el mural de David Alfaro Siqueiros, meditaba como un adulto sobre los años de mi juventud. “El pueblo a la Universidad, la Universidad al pueblo”. Comprendí cuánto la UNAM me enseñó a amar más a México. Mi alma máter no nació de la nada, sino que hunde sus raíces en la Real y Pontificia Universidad de México, que abrió sus puertas en 1553. Después de más de trescientos años, la antigua universidad fue clausurada en 1865. Unos años después, Justo Sierra propuso crear una universidad moderna, científica, laica, que formara profesionales que estuvieran al servicio de las necesidades del país. Así, en 1910, nació la Universidad Nacional de México, antecedente directo de la actual UNAM. Pronto, la institución adquirió una vocación social más amplia: que el conocimiento y la cultura contribuyeran a la construcción de un país más unido, más pensante y más libre. Estas enseñanzas calaron en mí, no se quedaron en el pasado, sino que con el tiempo iluminaron mi forma de concebir la vida. El lema “Por mi raza, hablará el espíritu” expresa la confianza en su cultura e identidad. No basta con sentir orgullo de haber nacido en México, pues sus alumnos necesitamos tener la confianza de ayudar a construir el futuro de nuestro país. Las

huellas de la Universidad calaban en mí, de ahí que mi compromiso con México sea fundamental.

Esa tarde, el Centro Cultural Universitario parecía ser una ventana de mi pasado. Mi pensamiento vagaba: mi abuelo había creado en México un periódico en lengua árabe y español a principios del siglo XX. ¿Habría sido ese factor el que detonó en mí, años después, aportar significativamente para digitalizar los documentos de la Hemeroteca Nacional, que se encuentra depositada en manos de la UNAM? También me pregunté si el impulso por la cultura que durante tantos años mi fundación ha realizado fue lo que me motivó para apoyar la edificación del Museo Universitario Arte Contemporáneo de la UNAM, que tanta falta hacía a nuestro país. ¿Destinos comunes? ¡Qué orgullo ser parte de esta institución que participa en la construcción de la sociedad de México y, además, soy parte de su edificación!

Constantemente, me pregunto qué más puedo hacer para que nuestro país mejore. La UNAM es una esperanza, y hacer equipo con mi alma máter es una extraordinaria fórmula para mejorar a México. Sus valores, ideas y sueños me han impulsado para participar en la construcción de una nueva sociedad. Soy un exalumno orgullosamente comprometido y participo activamente en la Fundación UNAM desde su creación. Deseo que otros mexicanos se beneficien de la experiencia de la institución y, por eso, he otorgado más de 110 mil becas anuales en los niveles de bachillerato y licenciaturas. A través de mi Fundación, apoyo programas de educación a distancia, fomento a la investigación, brigadas de salud, dotación de infraestructura, programas productivos, culturales, ecológicos y deportivos, así como apoyo en casos de desastres naturales y en el cuidado del medio ambiente.

La UNAM ha sembrado muchas semillas en nuestro país. En mí, no sólo florecieron en mis años de estudiante, sino que continúan después de tantas décadas. Concibo mis éxitos como frutos de la UNAM y sus triunfos también son mis victorias. Juntos, hacemos equipo para seguir buscando más campeonatos para nuestro querido México.